

El siglo perdido en Cuba

Un comentario al artículo de Ignacio Sotelo

HACE UNOS VEINTE AÑOS QUE CONOZCO A IGNACIO Sotelo y que nos encontramos periódicamente en Alemania donde nuestro tema de conversación inevitablemente desemboca en Cuba. Él me ha invitado a dictar conferencias sobre la economía cubana en el Instituto de Política Internacional de la Universidad Libre de Berlín y yo me he enriquecido con su conocimiento de España y Alemania. Aunque no coincidimos en algunos aspectos, estimo a Ignacio, como intelectual profundo y ameno, izquierdista honesto, y hombre preocupado por los problemas del socialismo democrático en su patria y en el mundo. La última vez que lo vi en Berlín fue en el verano de 1997, cuando ya estaba preparando su viaje a Cuba y mostraba la excitación por la anhelada visita. Así que cuando vi su artículo en *Encuentro* (el simple título es un anticipo: «...un siglo perdido») fue lo primero que leí, de un tirón.

No me decepcionó su lectura. Estoy de acuerdo en la inmensa mayoría de su análisis económico y me complace que en el mismo ratifique puntos y cifras que aparecen en mis trabajos. Quizás la parte más importante del artículo es cuando se pregunta si el Líder Máximo es la causa principal del fracaso de la revolución, y a ese efecto describe los oportunistas «giros de ciento ochenta grados» de Fidel, de manera que a lo que «un día llamó negro, conviene más tarde considerarlo blanco». Ignacio ofrece como ejemplo de esto las oscilaciones antagónicas en la estrategia del desarrollo: en el azúcar (abandono primero y metas de producción utópicas después), en el turismo (erradicación y expansión a ultranza), en la industria (prioridad absoluta y democión a segundo plano). Pero dichos vaivenes han alcanzado un ámbito aún mayor, ya que no se limitan sólo a la estrategia desarrollista sino que atañen al sistema general de organización económica.

Carmelo Mesa-Lago

El 9 de marzo de 1999 presenté, en la Conferencia sobre Estudios Cubanos de la Universidad Internacional de la Florida, las primicias de un ensayo (que actualiza y sistematiza mis ideas anteriores) en que caracterizo los 40 años de la economía cubana por ciclos recurrentes entre el idealismo y el pragmatismo, entre el plan y el mercado. Por ejemplo: la «Ofensiva Revolucionaria» y el intento idealista de crear un «Hombre Nuevo» (1966-70), la tímida reforma hacia el mercado de estilo soviético pre-perestroika (1971-85), el «Proceso de Rectificación» anti-mercado (1986-90), el «Período Especial en Tiempo de Paz» con el viraje más fuerte hacia el mercado, pero interrumpido desde 1996. Ignacio resume con brillantez una idea similar: «En suma, en estos 40 años lo que más llama la atención es el carácter errático de la economía cubana, saltando de una posición a la contraria, impuestas en cada ocasión con el mismo optimismo dogmático, pese a que al poco tiempo todas hayan terminado dando los mismos pésimos resultados».

La parte en que el artículo me toca de cerca es aquélla en que Ignacio lleva este tipo de crítica a su extremo y sus interlocutores cubanos replican molestos: «Lo mismo que dices, lo están diciendo las clases dominantes más reaccionarias desde el mismo día del triunfo de la revolución. De creer a Carmelo Mesa-Lago, llevamos 40 años equivocándonos sin un sólo acierto. No es tolerable una reprobación global de todo lo ocurrido, porque ello significa entregarnos sin defensa a los Estados Unidos».

La citada frase por una parte me halaga (Ignacio confirma mi pensamiento y el discurso oficial lo reconoce, si bien lo distorsiona) pero por otra parte me sorprende. Como en el caso del marido engañado, yo he sido el último en enterarme que, en lugar de haberme situado en Cuba en el modestísimo estrato medio, pertenecía a la misma «clase dominante» de los Gómez Mena, los Lobo, los Fanjul, los Menocal, etc. Pero además descubro que estoy también entre los más reaccionarios, lo que escandalizaría en este caso a los grupos extremistas del exilio que me miran con recelo, en buena medida porque, desde 1968, me he manifestado en favor de eliminar el embargo (aunque de una manera negociada en pro de una apertura política) y porque participé en el Diálogo de La Habana en 1978. Mi buen amigo Carlos Alberto Montaner, buen exponente del pensamiento neo-liberal, también se extrañaría, ya que en una de nuestras estimulantes polémicas sobre el futuro de Cuba acabó tildándome de «social demócrata empedernido». Pero lo más absurdo es la afirmación oficial de que no he reconocido ni un solo acierto de la revolución. No hay duda que mi obra de 40 años ha documentado en detalle los múltiples errores de la política económica revolucionaria (si bien varias de mis críticas luego se aceptaron por el propio Fidel), pero igualmente es correcto que he reconocido los avances en la educación, la salud y la seguridad social (hasta la crisis del noventa) y esto último ha contribuido también a despertar el rechazo de los grupos más recalcitrantes del exilio. Es irónico que en la Mesa Redonda sobre la Economía Cubana, la cual aparece en el mismo número de *Encuentro* que el ensayo de Ignacio, sea yo (y no los socialistas Carlos Solchaga o José Juan Ruiz) el que más defienda

la necesidad de salvar los aspectos sociales positivos de la revolución en una Cuba pos-Castro.

La aviesa crítica oficial es reminiscencia de la polémica sobre la «Cubanología» en los años ochenta, cuando me convertí en el centro del ataque de funcionarios y académicos cubanos que acusaron (a mí y al programa de Cuba en la Universidad de Pittsburgh) de ser el centro ideológico en la estrategia para destruir a la revolución. Acusación que, con amplia y sólida documentación, demostré que era ridícula, incluso en dos artículos pioneros publicados en una revista económica de Cuba, respondiendo a mi principal crítico, el actual ministro de economía y planificación José Luis Rodríguez. Convencidos de la futilidad de esa campaña vil, la misma fue abandonada a fines de los ochenta, pero ahora parece resucitar en esta nueva etapa de histeria paranoica.

Es absurda también la conclusión oficial de que el tipo de crítica objetiva y documentada que hacemos Ignacio, otros académicos y yo (no la ciega «reprobación global de todo lo ocurrido» como ellos falsamente alegan), provoca «la entrega sin defensa a los Estados Unidos». Por lo contrario, es la intransigencia de la dirigencia cubana, su empeño en no permitir la crítica a sus errores y silenciar a los que se atreven a hacerla, y el cierre a toda posible apertura política, lo que más levanta el espectro de un colapso violento del sistema y una vuelta a la dependencia de los Estados Unidos. La reciente «Ley de Protección de la Independencia Nacional y la Economía de Cuba» y la condena a prisión de los «Cuatro de La Habana» por solicitar en su documento *La Patria es de Todos* el derecho a la participación política en la búsqueda de una solución pacífica nacional, son claros ejemplos de dicha conducta intolerante, que han generado considerable crítica internacional y puesto en peligro la celebración de la Cumbre y la visita de los Reyes de España a Cuba. Por último creo que el siglo que concluye ha acarreado sufrimiento y retrocesos pero también lecciones valiosas y avances en el largo camino por una Cuba mejor.